

Gris

Autor: Carlos Caro

Categoría: Drama

Publicado el: 15/07/2016

El mundo ha fallecido con tu espiración y cansado de esta lucha sin cuartel mi ánimo se rinde. No buscará el amanecer, no buscará el renacer desde la noche ni con su reina, la luna, he de bailar.

El cadáver del día niebla es. No por la alborada ni porque el lucero se apague, no... Es tu alma que parte, son las nubes de una tormenta sin nacer, es el silencio de las arboledas inmóviles y el viento que recorre los huesos que el frío descarna.

Me interno por calles anónimas, por veredas sin fin y pasajes silentes. Las jalonan espectros de los amigos perdidos y las almas errantes de los condenados. Mi destino de estatua de sal, sin vida ni amor, me aguarda al otro lado de la ciudad, como si fuera Sodoma y Gomorra tras la destrucción por el cataclismo bíblico.

Hollo las ruinas de la plaza principal con pasos que levantan el polvo de milenios. Apenas taludes muestran los antiguos canteros que parecen cenizas. Cruzo la diagonal evitando el montículo de la otrora estatua ecuestre y, mirando en dirección a los Andes, ni siquiera encuentro la herrumbre de su bronce. La catedral ha perdido a Dios. Lo perdió en los escombros de los campanarios silenciosos y en la vergüenza de una cúpula caída sobre el mayor de los altares.

El atónito reloj de la municipalidad muestra la hora aciaga desde el suelo, frente a las carcomidas puertas. Un destello semeja vida, pero al instante, esa única ventana que parece ojo, se enturbia con cataratas. Ha sido el reflejo de un rayo sin trueno o el resplandor de un meteorito que efímero se quema.

Enfilo por la vía dolorosa, me encolumno en la larga hilera y me confundo en los miles de funerales de la historia. Pero es aquel el que mi memoria revive al reconstruir los edificios que la bordean con precisión fotográfica, hasta el más mínimo ladrillo y la más elegante moldura.

A veces soy amigo, a veces pompa, y a veces, tu amante desesperado. El féretro que con su Cristo traidor aúlla tu nombre, cruza el enorme y clásico umbral del cementerio. Con él el hombre

le puso límite a la última morada. Como si la muerte tuviera algún límite o escrúpulo con la existencia.

Me tambaleo sin fuerzas con el peso de la manija y me conducen, ciego por las lágrimas, hacia las aceras sin nombre de la necrópolis. El panteón se acerca gigante, la reja rechina y se abre, y en el nicho te dejan.

Los rosarios rezan letanías absurdas de cuentas extrañas. La humanidad se despide y se va. En la soledad me mira tu rostro desde la lápida con la foto al lado de la flor. Se apaga el universo, el luto me ahoga y comprendo que este será mi purgatorio.

No lo veré al Señor hasta que pene el haberte amado tanto, y será hasta el fin de los tiempos, pues mi pecado será sacrílego.

Será el no arrepentirme de haberte querido con tan gran locura alucinado por la pasión.

Carlos Caro

Paraná, 27 de junio de 2016

Descargar PDF: <http://cort.as/iWuW>

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Carlos Caro](#)

Más relatos de la categoría: [Drama](#)

Muchos más relatos en: cortorelatos.com